

Versión de la Junta de Energía Nuclear

La radiactividad de Palomares no es peligrosa (y 2)

A lo largo de 1982, la Junta de Energía Nuclear suministrará a la opinión pública española todos los datos referentes a las investigaciones posteriores al accidente radiactivo de Palomares. Quince años de investigación continua serán recogidos en un «rapport» elaborado por los técnicos de la JEN que trabajan en el proyecto Indalo de seguimiento radiactivo.

EL NUEVO LUNES ha conversado ampliamente con el director del proyecto y jefe de la División de Protección Radiológica de la JEN, Emilio Irazo, quien ha adelantado algunas de las conclusiones más importantes contenidas en el citado informe. Como ya adelantábamos en un número anterior, en el poblado almeriense de Palomares coeja la radiactividad desprendida de dos bombas termonucleares que fueron a caer al suelo tras el accidente aéreo sufrido por un bombardero B-52 y un avión nodriza K-53, ambos del ejército norteamericano. Hoy, después de quince años, se puede afirmar que el plutonio-239 contenido en el aire y suelo de Palomares no ofrece ningún tipo de peligro, pero también se puede asegurar que dichas partículas serán habitantes eternos de la zona afectada.

Bombas con plutonio

El equipo español de control y seguimiento, presentó en 1969 en Viena a la Agencia Internacional de Energía Atómica un informe completo sobre el accidente. En dicho informe se especificaba detalladamente todo lo que hacía referencia al suceso de Palomares, y las medidas a tomar. Entre otras cosas se decía lo siguiente: «Como consecuencia del accidente aéreo, cuatro bombas termonucleares que eran transportadas por el avión B-52 se desprendieron cayendo dos de ellas con sus respectivos paracaídas, por lo que se recogieron

En el número 41 de EL NUEVO LUNES publicábamos que se habían detectado elementos radiactivos en el cementerio del pueblo almeriense de Palomares, y anunciábamos que recogeríamos la postura oficial al respecto. Hoy traemos a nuestras páginas la opinión de Emilio Irazo quien desde el primer momento, hace quince años, se hizo cargo de las investigaciones sobre este tema en la Junta de Energía Nuclear (JEN).

intactas, una en el lecho del río Almanzora, muy cerca de su desembocadura, la otra en el mar. Los dos restantes artefactos no pudieron ser recuperados íntegros porque, al caer sin paracaídas y por efecto del choque violento con el suelo, hizo explosión una parte del explosivo convencional y se produjo una fragmentación y la oxidación consecutiva de la esponja de uranio y plutonio constitutiva de la bomba, originándose una nube de dichos elementos que fue dispersada por efecto del fuerte viento reinante y contaminando una extensa zona al depositarse sobre el suelo, plantas y edificaciones.»

Emilio Irazo recuerda las medidas que, en los días siguientes al 17 de enero de 1966, fecha del suceso, se tomaron para salvaguardar a la población y zona afectada. «Una de las cosas que se hizo fue levantar toda la parte de terreno correspondiente al suelo que ofrecía mayor índice de contaminación. Esta tierra (6.000 toneladas aproximadamente) se introdujo en barriles y fue sacada de España por el ejército americano. Aquella parte de tierra que ofrecía menor cantidad de partículas de plutonio, y comprobado que no ofrecía ningún tipo de peligro, se dejó tal cual, ya que no se estimó necesario tomar medidas precautorias.» La zona a la que se refiere el profesor Irazo es la que se encuentra alrededor de las colinas situadas en la parte sureste de Cuevas de Almanzora, donde además está situado el

cementerio al que se hacía referencia en nuestro anterior artículo.

Un ejemplo que para los expertos de la JEN ayuda a clarificar la por ahora nula peligrosidad de la zona, es el hecho de que en quince años de investigación no se ha registrado ninguna anomalía que pueda ser achacada al plutonio-239. «El estudio y reconocimiento de la población de Palomares —señala Irazo— es tan exhaustivo y riguroso que se tiene una estadística completa de todas las defunciones que desde entonces han ocurrido y las causas de las mismas, sin que en ninguna de ellas se haya observado nada anormal. De igual forma, se realiza un seguimiento periódico de todos los nacimientos y se reconocen a estos niños en el centro que la JEN tiene en Madrid.» El departamento médico de la Junta reconoció durante 1981 a 86 personas vecinas de Palomares, y se espera que en este año que ahora comienza sean atendidas de 250 a 300 personas.

Radiactividad ambiental

A pesar de ello, lo que sí reconoce el profesor Irazo es la existencia de niveles radiactivos, aunque quiere hacer hincapié en que su peligrosidad es despreciable. «La radiactividad registrada en Palomares tiene unos puntos inferiores a los considerados como máximos permitidos por el Organismo Internacional de Protección contra las Radiaciones (OIPRI). Según este organismo, la dosis máxima de

radiactividad que puede inhalar una persona es de 500 milirems (unidad de dosis equivalente) al año. Las investigaciones que ha llevado a cabo la Junta de Palomares, han concluido en que una persona, que durante estos quince años haya estado expuesta a la radiactividad, habrá inhalado 3,5 «milirems». Y se calcula que para el año 2.015 el máximo de inhalación de los vecinos de Palomares se situará en 4,5 «milirems.»

Estos índices radiactivos son prácticamente despreciables si se comparan con la radiactividad natural del ambiente de cualquier localidad española, en la que sus habitantes reciben una cantidad de 100 «milirems» anuales, en su mayoría como consecuencia del «radon» existente en la naturaleza. «La radiactividad —dice Irazo— es algo que flota en el ambiente y a la cual está sometido todo el mundo. Hasta hace poco, casi todo el hemisferio norte ha tenido sobre sí partículas de plutonio, como consecuencia de las múltiples pruebas nucleares que se venían realizando y las cuales han afectado a poblaciones de muchos países, sin que ello quiera decir que esa contaminación ofrezca peligro.»

En la actualidad trabajan en el proyecto Indalo veinte personas, entre las cuales hay médicos, físicos, químicos y farmacéuticos. Su dedicación no es completa y cuentan con un presupuesto de más de 500.000 dólares anuales, de los cuales el 30 por cien corresponde a la dotación dada por el Gobierno de

los Estados Unidos. Dotación, que a juicio del profesor Irazo, finalizará cuando los científicos españoles dictaminen que el proyecto Indalo puede darse por finalizado. La fecha en que se espera concluir la fase de investigación y seguimiento de la radiactividad en Palomares está fijada para, aproximadamente, dentro de cinco años. Irazo, señala asimismo, que el material utilizado por la JEN para la toma de muestras, tanto del aire como del suelo, es el más sofisticado que existe. Todo él, donado por los americanos, lo que compensa la poca ayuda económica.

La colaboración norteamericana es periódica y una vez cada año se intercambian impresiones con los técnicos del Departamento de Energía americano, así como con los del laboratorio de Los Alamos. Pero todas las pruebas y comprobaciones médicas se realizan por personal español. «A los que en su día, y aún hoy, estuvieron expuestos a los elementos radiactivos —comenta Irazo— se les somete a determinados exámenes y análisis de orina para detectar si contienen alguna partícula de plutonio. Hasta el momento, en quince años de investigación, no hemos encontrado nada que pueda resultar ligeramente peligroso. Lo que no quita para que sigamos investigando por si todavía se pueden dar efectos secundarios. Las mismas precauciones que se toman con el personal humano se realizan con la tierra y frutos de la zona afectada.»

Lo único que le queda por hacer a los técnicos de la JEN es esperar a que el plutonio contaminante se disperse, de tal forma que su homogeneización con el suelo de Palomares deje ser causa de seguimiento y control radiactivo.

L.D.G.